

Especial Literatura Juvenil

Coordinado por Ana Garralón

Abordamos un tema que, reconocemos, siempre nos ha resultado un tanto complicado: la literatura para jóvenes. Es decir, aquella que se dirige a lectores mayores de trece/catorce años. ¿Son los lectores de esta edad maduros para seleccionar sus propias lecturas en la literatura general o necesitan colecciones con una etiqueta concreta? ¿Participan los autores de este mercado de lo juvenil, cautivo de los institutos, o realmente creen que los jóvenes poseen claves de lectura diferentes de las de los adultos? ¿Qué temas se presentan? ¿Cómo trabajan los autores sus textos para jóvenes?

Algunas de estas preguntas hemos decidido hacérselas directamente a diez autores con recientes novedades. Son autores de todo tipo: con larga trayectoria en el género, recién llegados, provenientes de la literatura adulta, o experimentales. Reseñas de sus libros nos acercan un poco más a la discusión que, sin embargo, sigue quedando abierta para futuras aproximaciones.

Como complemento, una conferencia de Emili Teixidor donde aborda la complejidad de este sector, y una reseña sobre las actas de las *12as. Jornadas de Bibliotecas Infantiles, Juveniles y Escolares* organizadas por la Fundación Germán Sánchez Ruipérez en las que justamente se trató el tema que nos ocupa.

La literatura juvenil. Un género polémico

A veces muchos compañeros o críticos se han molestado o han polemizado, por el hecho de catalogar como género a la literatura juvenil. Su argumento es que sólo hay dos clases de literatura, la buena y la mala, y todos, naturalmente, nos colocamos en la buena. Aceptémoslo, somos los mejores en la gran literatura... juvenil, porque si no añadimos el calificativo, no sabemos exactamente de qué tipo de libros o de literatura hablamos. Ese es el servicio que prestan los géneros. Facilitan no sólo la etiquetación, sino también la segmentación, la clasificación, la especificidad del grupo, y todas las características que concurren en el segmento analizado. Hablaremos pues de literatura juvenil, sin ningún ánimo polémico, como mero recurso o método.

Más allá de polémicas, todos estaremos de acuerdo en que una de las características de ese tipo de literatura —¿alguien prefiere que hablemos de ese tipo de libros, en vez de género juvenil?— es la edad. Son narraciones dirigidas a un público joven, no infantil, no adulto. Quizás desde los 12 hasta los años que se precisen para que el lector pase de la etapa de lectura transparente y sin dificultades a ser un lector adulto, no en edad, sino en aceptar la complejidad del texto literario.

Muchos lectores adultos o viejos son lectores juveniles, en el sentido en que detienen su desarrollo lector en el momento en que un texto presenta ciertas dificultades de interpretación y ante la cuestión de

pasar a la madurez, responden a la pregunta ¿quiero seguir estudiando o preocupándome por el hecho literario?, deciden que no, que sólo aceptan leer libros que no presenten mayores dificultades técnicas y detienen su desarrollo. En este sentido todas las obras consideradas *best-seller* comercial —tipo John Grisham, Frederic Forsyth, o el fenómeno *El código da Vinci*— son lecturas juveniles. Si muchos adultos —padres o profesores— muestran prevenciones para dar esos libros a los jóvenes es sólo por razones morales o informativas, no por razones de comprensión. Los jóvenes pueden leerlas perfectamente. Y también literatura popular, otro género que incide en la banda más ancha de la población lectora, de los 12 hasta los 90 años.

La literatura nos proporciona palabras: precisas, exactas y genuinas que nos ordenan, nos curan, nos expresan y nos humanizan. Somos animales de palabras. Digo esto para precisar que si los libros anteriores están bien escritos, y son honestos en su información, ya cumplen su cometido, y no los critico en ningún caso. Cumplen su función, pero la literatura haría años que se habría convertido en periodismo si se hubiera detenido en ese género.

No es que tenga nada en contra del periodismo, pero hay muchos autores que sí tienen algo que decir, en contra. La principal acusación es la misma que en muchos casos podemos utilizar para atacar a la

mayoría de la literatura de género, la juvenil entre ellas. El cargo que se le hace es que esas formas de expresión se sirven del lenguaje simplemente como un modo de comunicación; que el autor o el periodista quiere comunicar algo, llegar a los lectores o a la audiencia, es una expresión común, y de ese modo el lenguaje se empobrece al querer llegar a la máxima audiencia, al máximo de público lector, porque en ese máximo deben incluirse aquellos casos que una exigencia mínima dejaría fuera porque son incapaces del esfuerzo necesario para alcanzar un nivel mínimo de excelencia. Y eso sería antidemocrático, pero también lo es el que no todos podamos disfrutar de jardín o piscina propia y nadie se escandaliza de esas carencias profundas. Podríamos decir que el castellano que hablamos ahora es la lengua latina que llega a la máxima audiencia, pero eso no tiene nada que ver con la literatura latina. Una cosa es la lengua de los alemanes, y otra la lengua alemana, decía Karl Kraus. Un autor literario se sumerge en su lengua, se deja penetrar por ella, y el lector tiene que esforzarse por entrar en su universo y sumergirse en él. Un autor literario no comunica, crea. El lenguaje como creación, esa es la diferencia que importa. Kraus lo dice de modo muy claro: “En los verdaderos escritores la forma y el contenido son solidarios como el alma y el cuerpo, mientras que en los otros, en los que no lo son, la forma y el fondo se ajustan como el cuerpo y el vestido”. Y también dice: “Como si el poeta pudiera elegir unos temas al modo de un sastre o un periodista que prestan su estilo a opiniones ajenas. Aún hoy, la crítica alemana no tiene ni idea de la fuerza original que engendra al mismo tiempo el contenido y la forma”. Pues bien, en la literatura de género, de todos los géneros de literatura, es mucho más difícil descubrir esa fuerza original del lenguaje y por ello hay muchos más sastres y periodistas que prestan su estilo a opiniones o a relatos externos, ajenos, con el oído puesto en lo que puede interesar a los lectores, no en su propia voz.

Hablamos en general del lector, del lector ideal, como si existiera esa especie. En realidad el proceso lector es una adquisición gradual de las técnicas de la lectura y de la descodificación de los códigos que utilizan los autores para construir sus textos. No todos los textos son iguales. ¿Por qué se estudia literatura en secundaria y en la universidad si todos los textos son iguales en dificultad e interpretación? Ser un buen lector es un proceso gradual, en el que los jóvenes o adolescentes a veces detienen su evolución porque, como ya hemos dicho, deciden no enfrentarse a las dificultades que surgen en su camino y que nadie ha sido capaz de enseñarles a superar. Muchos lectores adultos se paralizan en el mismo estadio. A ese nivel de lector medio llamamos lector, en general, y

situamos ahí a nuestros jóvenes lectores igualmente ideales. La pena es que en nuestra sociedad muchos se contentarían con que nuestros jóvenes, todos, se convirtieran en ese tipo de lector medio, normal, sin pretensiones, que busca en la literatura una terapia regresiva necesaria, pero no suficiente, una distracción o una información estimulante y nada más.

Antes de señalar algunos rasgos que caracterizan, a mi modo de ver, la literatura juvenil, me gustaría señalar que en la etapa de formación de un lector, se pueden distinguir por lo menos cinco grados. El primero es el del primer lector, hasta los 6 años, en que, más que leer cuentos, los escucha cuando se los leen; muchos pedagogos y psicólogos han escrito sobre las características del aprendizaje en forma de juego en esa etapa. El segundo escalón sería el del lector plenamente infantil, entre los 6 y los 12 años, en que se ve como héroe o heroína, porque la lectura satisface su necesidad de imaginarse a sí mismo como personaje principal con autosuficiencia para resolver problemas. Los mejores textos de esa etapa combinan situaciones idénticas con la diversidad, la novedad con la regularidad, o como ha dicho un psicólogo, el lector intenta conseguir una plenitud que le libere de las ansiedades de la realidad, conteniendo esa misma realidad. El tercer grado sería el que va de los 12 a los 17, un verdadero tercer grado para educadores. El lector tiene el sentimiento de ser único. Es un pensador y el género preferido es la tragedia, sobre todo la tragedia de ser expulsado del grupo, de no ser aceptado por los compañeros y convertirse en un ser ridículo o patético. Las convenciones de la literatura juvenil ya no se adaptan a la complejidad de las nuevas experiencias y busca cosas nuevas. Al final de esa etapa es cuando el lector se detiene en su proceso o sigue adelante. Le espera el cuarto grado si decide seguir, en el que el lector se convierte ya en intérprete. Es decir, pasa del texto transparente que no ofrece dificultades, al texto problemático, cuando se da cuenta de que otros lectores encuentran diferentes significados al leer el mismo texto y a veces recurre a la autoridad del autor o del profesor, o bien a la multiplicidad de opiniones, respetables todas, y de ahí al relativismo y a la responsabilidad personal de su propia interpretación. Es el momento crucial en el que el joven se pregunta: ¿por qué tenemos que analizar con tanto detalle los libros, no podríamos leerlos por puro placer, sin tantos estudios? Es otro modo de formular la pregunta: ¿quiero continuar el esfuerzo de profundización en mi proceso de lector o no? Si se detiene, queda convertido en el lector medio, popular, juvenil tenga la edad que tenga. Si sigue adelante, pasa al texto inteligible.

Cuando leemos un diario deportivo o económico, no nos creemos nunca del todo lo que leemos, siem-

pre lo contrastamos con las teorías que conoce o propugna. No es lo mismo para un aficionado del Madrid leer un diario deportivo del Barça, o al revés. No leo nunca una noticia de tipo económico sin pensar en mi cartera o en mis depósitos bancarios. Hacemos el texto inteligible. Pero hay más, la literatura también es un diálogo entre la fraternidad universal de los autores que hablan entre ellos, como los pintores, y si bien podemos admirar sin más las *Meninas* de Picasso, añadimos más intensidad en la contemplación si tenemos presentes las *Meninas* de Velázquez. Muchas obras literarias son un diálogo con otras obras del pasado, empezando por el *Quijote* y acabando con el *Ulises* de Joyce. El desconocimiento de esas lecturas anteriores le impide entablar un diálogo completo con el texto que está leyendo.

Otras características del texto inteligible, de esa cuarta etapa del progreso lector, son los instrumentos en forma de teorías de que nos valemos para entender el texto. Piénsese en el auge del marxismo o el psicoanálisis, y las claves que supusieron para muchos lectores en la interpretación de sus lecturas. Existen motivos culturales que trascienden la intención del autor. Lo que falta o lo que se reprime es más significativo en muchos textos que lo que se dice. El lector se da cuenta de que en muchos casos ya no es posible una lectura ingenua, o sea juvenil. Nos fijamos en la estrategia narrativa, las actitudes políticas del autor, la estructura y los arquetipos de la obra, las ambigüedades semánticas... El lector busca todavía un propósito moral, cree que los libros deben tener alguna intención. El lector juzga que una obra es buena si te reta con preguntas como: ¿por qué te ha gustado tanto?, ¿por qué te hizo reaccionar así o así?, ¿por qué las cosas pasan de una determinada manera y no de otra?... En el fondo quieren hallar en la lectura un significado, que sirva a algún propósito, una utilidad.

La última etapa de ese cuarto grado en el progreso lector es cuando aumenta la complejidad del texto, convirtiéndolo en un texto teorizado. En ese estadio leemos siendo a la vez participantes y espectadores. Nos servimos con frecuencia de orientaciones de otros campos: religión, antropología, lingüística, psicoanálisis... Para muchos lectores la obra tiene una validez mimética, como representación de la actual experiencia del mundo que el lector podría experimentar. El lector se fija en el autor cuando la representación pide una interpretación y entonces vemos al autor como responsable del significado de la obra y del punto de vista aparente. Si las explicaciones del autor no satisfacen al lector, éste se fija en el texto y en las técnicas de análisis para acumular las evidencias que busca. Recordemos aquella frase de las feministas: “Aprender a leer para una mujer es apren-

der a leer como un hombre, o sea un suicidio psíquico”. Es decir, que quieren aprender a leer contra ciertas influencias. Recordemos también los propósitos políticos, las revisiones, en las que cambia la conciencia con que se leía aquello que es necesario reinterpretar. “El feminismo descubrió lo que ya había descubierto el marxismo o el cristianismo antes, que toda lectura es una lectura política y toda práctica crítica implica una ideología.” El peligro es leer al servicio de una teoría y reducir la obra a un arma para mantener esa teoría. Leer desde una sola perspectiva es perder los demás puntos de vista. Pero la elección que hace el lector de cómo leer, tiene que hacerla también cuando se trata de cómo vivir, y de cómo la lectura intensificará su vida, sobre todo si el objetivo de la lectura es la reconstrucción de uno mismo y la visión del mundo que se adecue a la totalidad de la experiencia que el lector ha vivido. Llegados a ese punto, el lector se ha convertido en un lector adulto.

Un lector adulto es un lector pragmático. Nos detendremos en este punto para fijarnos en lo que puede interesar al lector general, también juvenil. El lector adulto lee para evadirse, no sólo de los problemas, sino también del tratamiento problemático. El lector busca una regresión terapéutica necesaria. Sabe que leer no llena su tiempo, leer llena su vida y añade valor a su tiempo. Un libro es bueno cuando nos deja con más preguntas que respuestas, respecto a su significado. Es la etapa de la incertidumbre. En las primeras etapas de la vida y de la lectura pedimos, a la vida y a los libros, que sean románticos, excitantes; luego que nos haga pasar un buen rato, que sean soportables; y finalmente que la podamos entender, que sea comprensible. Muchos autores de gran calidad reclaman del lector un gran coraje intelectual o moral que no todos están en disposición de dar. No todo el mundo es capaz de enfrentarse, por ejemplo, a los encuentros sin continuidad ni solución de los personajes de Raymond Carver, que piden un esfuerzo y una predisposición que no todos los lectores son capaces de dar.

Descubrimos que leer es como oírnos pensar en voz alta. Y descubrir en nuestro interior un mundo del que no habíamos sido conscientes hasta entonces, y la significación de lo que leemos se construye con materiales que tomamos de nuestra propia sabiduría que nos ha conestado aprender, tanto como de los materiales y de la sabiduría que nos proporciona el autor.

Vemos así que el lector joven se sitúa entre dos etapas: el lector como pensador, con textos todavía transparentes y con un gusto acentuado por la tragedia, y el lector como intérprete, que tropieza con los primeros textos problemáticos, y es cuando o bien se detiene en su evolución, porque decide no preocuparse por interpretar los textos, o bien sigue adelante

Descubre el mundo en la biblioteca

areas infantiles internet películas música
ocio servicio de información libros servicio de préstamo
documentación prensa actividades culturales com

con ayuda de profesores, teorías, otras lecturas, y llega a convertirse en un buen lector y en un lector adulto y pragmático. Normalmente nuestra sociedad se preocupa de que el lector simplemente lea, más de que el lector joven siga adelante en su progreso y adquiera madurez lectora. Nos preocupamos de que los jóvenes lean... cualquier cosa mientras lean, y nos desinteresamos por sus progresos en la interpretación de sus lecturas y en la gradación de las dificultades. Yo creo que es un error y que debe exigirse el máximo a los jóvenes y no ahorrarles ningún esfuerzo. Entre otras muchas razones, porque para convertirlos en lectores sin más, en lectores en general, ya está la industria cultural y sus rebajas constantes de calidad que desplegará todas sus artes publicitarias para que pasen a engrosar la estadística del lector-consumidor. Las instituciones, la escuela, los escritores, están para llevarles más alto.

Hay otra razón para que dejemos que el mercado se encargue de convencer con su publicidad facilona de los beneficios de la lectura, y es que en las sociedades occidentales ya no se precisan obreros; se están formando cerebros, que es la única fuerza que puede competir con países que ofrecen la fuerza del trabajo mucho más barata. Aquí, la escolaridad obligatoria hasta los 16 años, ya se encargará de enseñarles a leer. Nuestro país ya no necesita obreros, necesita cerebros. Y en una sociedad de la información, la lectura —o la interpretación correcta de textos, que muchos llaman “procesar datos”— es condición indispensable para entrar en el mundo del trabajo. Dos de cada tres alumnos que están hoy en secundaria, según varios trabajos, hallarán un puesto de trabajo en la única industria que está en expansión: la información. De ahí el interés de las autoridades de todos los países y con distintos métodos más o menos eficaces para incentivar la lectura... mejor dicho para convertir a los jóvenes en procesadores de datos. Razón de más para no bajar el nivel. Porque nosotros sabemos que no es lo mismo un lector que un procesador de datos. La lectura es otra cosa.

No haré aquí un elogio de la lectura gratuita, no directamente utilitaria. De los libros que se leen por el puro placer de leer, sin una motivación ulterior. ¡Cuidado! No permitamos que otros libros necesarios, pero diferentes a los de pura creación, que se leen por puro placer, reduzcan la experiencia literaria, la más alta que los humanos puedan hacer junto a la del amor, a simples entretenimientos o datos culturales sobre nuestro tiempo libre. Los libros de creación literaria tratan del sentido de nuestra vida. Sin los libros no podemos heredar nada, sólo podemos nacer. Con los libros no es un mundo lo que se nos ofrece y lo que ofrecemos a los jóvenes, es el mundo lo que se nos ofrece y ofrecemos, el don que los

muerdos hacen a los que venimos después de ellos. Los libros, la lectura, no llenan nuestro tiempo, llenan nuestra vida y añaden valor a nuestro tiempo.

No diré más, y se podría hablar largo y tendido, sobre el valor único de la literatura. Sólo dos frases que se podrían comentar largamente. Primera, los humanos necesitamos palabras para ser humanos, y el principal servicio que hace la literatura es darnos palabras; por ello un libro es bueno si está bien escrito, y malo si está mal escrito. El libro, naturalmente, tiene ventajas secundarias importantes, proporciona información, distrae, mejora la elocuencia desde la procesal a la amatoria, etcétera, pero la principal es la de aumentar el caudal de palabras, de buenas palabras, que faciliten el recto pensamiento y la necesaria expresión, que la expresión no quede nunca atrás de la experiencia, como fórmula de la felicidad que proporciona la lectura. Otra frase es: ¿cómo educamos las emociones de nuestros adolescentes si suprimimos de la enseñanza la literatura? Se educaban las emociones también con la religión, que era igualmente el comentario de una gran obra literaria —la *Biblia*— y no vamos a discutir ahora si debe enseñarse y cómo, sólo subrayar que sin la *Biblia* y con menos humanidades, ¿cómo ayudaremos al adolescente a formarse ese diccionario moral que sólo la literatura en toda su complejidad de emociones puede proporcionarle?

Mucha literatura juvenil se ha contagiado de lo que George Steiner llama las terapias de la facilidad, o sea la negación del esfuerzo y la exigencia, y ha equiparado el género a las producciones de la cultura de masas, que al atender a la ampliación máxima de las audiencias, siempre puede bajar un escalón en la calidad para aumentar el número de lectores de bajo nivel educativo. No se busca formar buenos lectores en la tradición cultural propia, sino complacer a los lectores, adularlos, y facilitarles el trabajo de cualquier manera, y en cualquier tradición, olvidando que la literatura es un diálogo entre autores y obras, una superación de temas y técnicas, un avance en los modelos expresivos y en las fórmulas que describen las experiencias humanas y por ello nos mejoran no sólo como lectores, sino también como seres humanos.

¿Qué consideraríamos, pues, literatura juvenil? Como se trata de un género reciente, puesto que hasta hace poco los jóvenes no existían como mercado cultural, son necesarias unas reglas, como en el género policíaco o de ciencia-ficción, para separar el grano de la paja. De lo dicho anteriormente de las diferentes etapas se deducen algunas posibles reglas, por ejemplo, el texto transparente y los inicios del problemático, en cuanto a técnica literaria. En cuanto al fondo, se puede tratar todo psicológicamente preparado, droga sí pero no *Borroughs*, para adultos de cualquier edad; erotismo sí pero no *Sade*, que

interese a los jóvenes y refleje sus preocupaciones; cualquier cosa que les interese, pero eso ya no sería género, sino literatura.

La fragmentación de espacios culturales copiada de la segmentación comercial en grupos de consumidores por edades, por sexo, por estatus social, por ingresos, ha contribuido a la segmentación de la oferta editorial creando colecciones dirigidas a mujeres, a ejecutivos, a viajeros, a estudiantes, a amas de casa, y a jóvenes, naturalmente. De este modo, la exigencia es menor y se niega una de las virtudes de la gran literatura, que es abrirse a otros mundos, a otros intereses, a otros lenguajes. En definitiva, a los otros.

La cultura de los jóvenes se ha definido como una *cultura pachwork*, una cultura de retazos de diferentes culturas de diferentes niveles y categorías, del cómic al pop pasando por los clásicos y los modernos. En un mundo en que la oferta es exponencial, cada joven se construye su propio abrigo cultural recortado de diferentes piezas. Jean François Herment, encargado de la dirección del libro y de la lectura en Francia, dice que “lo que parece más significativo es la ausencia de conciencia de la jerarquía cultural de los lectores y de los autores que se manifiestan en la extrema dispersión en las referencias lectoras”. O sea, ponen a un mismo nivel el patrimonio literario y la literatura comercial. Por esa razón algunos educadores se preguntan si la evolución de la tecnología del aprendizaje no ha arrastrado a los adolescentes nacidos con el ordenador a cuevas a modificaciones profundas en su aparato perceptivo. Esos cambios harían que la lectura ya no fuera el instrumento ideal para la construcción de su imaginario... Lo dejamos en la duda.

La misma fuente nos asegura que “los jóvenes confían, sobre todo, en compañeros para escoger sus libros. Su cultura literaria obedece, en ese campo, al mismo principio que el resto de su cultura joven”.


La lectura ya no es el instrumento único y quizás tampoco el ideal en esos tiempos para construir el imaginario de los jóvenes. Pero los escritores y editores, y todos los que amamos los libros y confiamos en la capacidad única de la palabra para elevar la civilización de las generaciones, debemos trabajar como si lo fuera, y ofrecer textos espléndidos para atraer a los jóvenes al uso de esa arma de ordenación y expresión, de pensamiento y sanidad, que es la palabra, la novela, el ensayo, la poesía.

La lectura en voz alta por parte del profesor incita a los jóvenes a la lectura sin más, anunció Jack Lang en el prefacio de los nuevos programas escolares en 2002. Pensemos en las antiguas escuelas unitarias rurales con alumnos de diferentes edades, en las que el maestro organiza cada día grupos de lectura supervisados por él y con los mejores lectores como ayu-

dantes de cada grupo, donde se leía en voz alta, cada día, una hora. Una hora diaria de lectura, durante 4 o 6 años, es un entrenamiento importantísimo para dominar la mecánica y la disciplina de la lectura. Exactamente como con la memoria, despreciada y minusvalorada en la pedagogía llamada moderna durante mucho tiempo. La lectura en voz alta se redujo en nuestras escuelas en beneficio de la comprensión, de la lectura silenciosa, pero, como nos recuerda George Steiner, la memoria es el marcapasos de la inteligencia, no hay inteligencia sin memoria, y en cuanto a la lectura, la prueba más eficaz para comprobar si alguien entiende bien un texto es hacérselo leer en voz alta, hacérselo interpretar, o sea dar su traducción, su versión hablada: los titubeos y las inflexiones de la voz nos darán la medida exacta de su nivel de comprensión, de su nivel de lectura. Yo creo que las escuelas debieran volver a esas prácticas si queremos que los jóvenes se acerquen a los textos sin dificultades.

Existen juegos de vídeo muy buenos y libros muy malos. Todas las encuestas realizadas en Francia demuestran que los hogares en los que hay instalaciones electrónicas son los mismos en los que también hay libros. Y en muchas familias, la ausencia de libros conlleva la consideración de la lectura como una actividad estrictamente utilitaria, principalmente al servicio de guía para los programas de televisión.

Lo que hace leer a los adolescentes es lo mismo que nos hace leer a nosotros, los adultos. Esa búsqueda de un posible encuentro entre nuestras zonas oscuras y las zonas sombrías de un texto. Con demasiada frecuencia olvidamos que leer es también –y quizás sin también– un acto de trasgresión, esa búsqueda de las zonas de sombra. Por ello deberíamos confiar más en los textos y en la búsqueda personal de los lectores jóvenes y menos en los sermones, las recomendaciones, las obligaciones. ¿Cómo va a hacernos caso, si en los asuntos en que se juegan la vida se sueltan de nuestra mano para afrontar solos el peligro?

Es sospechoso que las colecciones juveniles hayan surgido en general como prolongación de las colecciones infantiles, en las editoriales dedicadas al público infantil, y no en las editoriales dedicadas a la literatura en general, como prólogo o iniciación a la gran literatura. ¿Indica este hecho que las editoriales han estado más atentas a las necesidades escolares, académicas y de mercado, que a las estrictamente literarias? ¿Coincide el público juvenil con las edades de escolarización de los jóvenes? ¿Hubieran surgido esas colecciones sin una prolongación, que cada vez será más larga, del tiempo dedicado los estudios?  Gracias a la FGSR por las facilidades dadas para la publicación de este texto.

Emili Teixidor